

hay que hacer sobre esta conducta: la primera que la indisolubilidad del matrimonio aun no era un punto de doctrina bien aclarado ni bien controvertido, como ya lo hemos indicado, y como lo prueban cantidad de ejemplos: la segunda, que el concubinato mirado en el dia como contrario al derecho eclesiástico y civil, no era entonces una prueba de libertinage. Entre los antiguos romanos era considerado el concubinato como un matrimonio ménos solemne que aquel en que las condiciones y los haberes se reunian: se le llamaba semi-matrimonio, *semi-conjugium*; y las mugeres, con las cuales se hacia union por esta via, tenian el nombre de semi-esposas, *semi-conjuges*. Esta costumbre, que de los romanos pasó á las naciones modernas, y que las leyes de los emperadores christianos no abolieron, se conservó en la Europa largo tiempo despues de Carlo Magno. Sea lo que fuere, de estas observaciones no tenemos dificultad en convenir que la poligamia sucesiva ha sido mirada siempre con repugnancia en la Iglesia: que en los primeros siglos se imponia una penitencia á los simples bigamos, y que en el mismo siglo de Carlo Magno lo que pasaba de terceras nupcias era mirado tanto en Oriente como en Occidente como un exceso de incontinencia. Pero vituperando esta flaqueza en un héroe, cuyo nombre ilustra nuestra historia, hagamos la justicia de decir que aquellos Titos, aquellos Trajanos, aquellos Julianos, á quienes se prodigan tantos elegios, han tenido otras aun ménos excusables. Fuera de esto, con cuántas calidades heroicas, y virtudes christianas no ha borrado Carlo Magno esta mancha de su vida? ¿Seria por ventura equitativo olvidar todo lo que hizo glorioso á los ojos de la religion y de la misma filosofia, para acordarse solamente de que no fué siempre bastante dueño de su corazon para moderar sus deseos, segun las reglas austeras del Evangelio?

No echaremos sino una ojeada sobre los reynados mucho ménos interesantes de sus sucesores al trono frances, y al imperio de Occidente hasta el fin de este siglo. La posteridad de aquel grande hombre degeneró mucho mas pronto que la de Clodoveo. Ludovico Pio, su hijo, sorprendido del grado de elevacion á que habia llevado el trono el fundador del imperio de Occidente, que le hizo señtarse en él á su lado un año ántes de su muerte, no

pudo soportar el peso de que se halló cargado quando reynó solo. Amaba mucho la justicia y el buen orden, era liberal, compasivo, lleno de dulzura y de clemencia; pero al mismo tiempo crédulo, tímido, irresoluto, dominado por los que le rodeaban, y á los que admitia á su confianza, mas bien por capricho que por aprecio y eleccion. El talento de Carlo Magno, y el semblante que habia dado á los negocios, sostuvo todavía por algun tiempo el nervio de la administracion y prosperidad pública. Pero Luis limitado en sus ideas, incapaz de abrazar todos los objetos de un vasto estado, no teniendo sino las virtudes de un particular, dexó caer las riendas del gobierno, no pareciendo rey de Francia ni de su propia familia. La ciega ternura con que quiso á Judit su segunda muger, y el ascendiente que tomó esta sobre su débil esposo; la preferencia que dió á Lotario sobre sus demas hijos, la ingratitude de este hijo desnaturalizado, el menosprecio con que le miraron los grandes y los obispos, y finalmente el abuso que les permitió de una autoridad que dimanaba de él mismo, y que hubiera debido contener con la prudencia y la firmeza, acarrearón infinitos males á la Francia y al imperio. Los pueblos recién conquistados se sublevaron; los príncipes de la casa real tomaron las armas para despojarse mutuamente; los ministros se disputaron una potestad, que su dueño no sabia hacer servir á su gloria ni al bien de los pueblos; sus hijos concibieron el designio de privarle de la corona; y se vió al hijo de Carlo Magno postrado en tierra en medio de un concilio, confesarse indigno de reynar, pedir la penitencia pública, y recibirla con un aparato sonrojoso, que fué la vergüenza de los prelados y de los grandes, cuyo ministerio se prestó servilmente á una escena que envilecia aun mas á ellos que á la misma magestad que se degradaba. Restituido al trono de que sus hijos le obligaron á descender segunda vez para volver á él, despues de nuevos ultrajes, Luis I. no mostró en medio de sus vicisitudes sino su incapacidad, su pequeñez de espíritu, y lo poco que se conformaba su reynado con su carácter. Estas pesadumbres le conduxeron al sepulcro el año de 840 á la edad de 60 años. Estaba en guerra con Luis su hijo rey de Baviera, que continuaba ofendiéndole, sin respetar en su padre ni la sangre, ni los años, ni la autoridad.

Carlos II., llamado el Calvo, tan débil, aunque ménos infeliz que su padre, léjos de restituir á la dignidad soberana el vigor y estimacion que habia perdido, la dexó degenerar mas y mas. No era aun Carlos sino el segundo sucesor de Carlo Magno, tanto en la Francia, como en el imperio, y ya se veia elevar la familia que debia despojar á la de aquel gran príncipe. Obteniendo Roberto el Fuerte, bisabuelo de Hugo Capeto, el gobierno de lo que se llamaba entónces ducado de Francia, echó los primeros fundamentos de la grandeza de su casa. Poco tiempo despues, haciéndose Carlos de dia en dia ménos capaz de sostener sus derechos, y ménos zeloso de conservarlos, comenzaron los señores á caminar hácia la independenciam, haciendo los grandes cargos y gobiernos hereditarios en sus familias. Tal es el origen del sistema feudal que se estableció poco á poco, y hizo variar totalmente la constitucion del estado. La Bretaña fué desmembrada baxo este reynado, viniendo á ser el primer gran feudo, que teniendo sus soberanos, no dependian del rey sino por un estéril homenaje y un pequeño tributo, cuyo yugo sacudió siempre que lo pudo hacer impunemente. Carlos el Calvo vivió mas bien que reynó en medio de disturbios, y de revoluciones, y murió emponzoñado por un médico judío, llamado Sedecias, ó ignorante ó parricida. Este príncipe acababa de reunir la dignidad de emperador á la de rey, y murió sin haber mostrado ninguno de los talentos que exígian una y otra.

Estaba el reyno en la mayor agitacion quando Luis II., llamado el Tartamudo, arribó al trono adonde le conducia su nacimiento. Los grandes suscitaban pretensiones que no pudieron tener efecto sino á costa de la autoridad soberana. Para satisfacer su ambicion fué necesario desmembrar el estado, consintiendo en la exención de los ducados y condados hereditarios; que fueron en lo sucesivo un manantial inagotable de querellas, de guerras y de infelicitades. Despues de este acontecimiento hubo solo turbaciones y confusion en el estado, y la rama de Carlo Magno, ya tan destituida de su antiguo esplendor, interesó tan poco, que la historia casi se ha ceñido á seguir el orden de la sucesion, y aun se encuentra tanta mas obscuridad quanto mas se aleja, y aquella posteridad del mas poderoso de nuestros reyes se hace mas indigna de su glorioso origen.

Habia ya salido la corona una vez de la casa de los Carlovigios para pasar sobre las sienas de Eudon, conde de Paris, hijo de Roberto el Fuerte, y hermano del abuelo de Hugo Capeto, quando volvió á la persona de Carlos III. La debilidad y la ineptia de este príncipe han sido caracterizadas con el sobrenombre de Simple, que le atraxo el desprecio de su siglo, y con el qual mereció ser conocido de la posteridad. Los normandos, tan famosos por las calamidades que causaron á la Francia cerca de un siglo, habian empezado sus incursiones desde el tiempo de Carlo Magno. Animados por sus primeros sucesos, y atraidos del pillage que hacian en sus correrías, no cesaron de asolar primero las costas, y despues lo interior del reyno, hasta tanto que se establecieron por la cesion que les hizo Carlos el Simple de una de nuestras mas bellas provincias, á la qual dieron su nombre. Valia mas en efecto interesarlos en el bien del reyno concediéndoles propiedades, que estar continuamente expuestos á sus deprecaciones. Al fin de este siglo Carlos el Simple ocupaba aun el trono con título de rey, cuyos grandes vasallos aniquilaban el poder á fuerza de restringirlo para mejor usurparlo.

El cetro imperial se conservó en la casa de Carlo Magno durante el curso del siglo nono, saliendo de ella á principios del siguiente por la muerte de Luis, rey de Germania, á quien las turbaciones de Italia impidieron coronarse en Roma, y que no dexó posteridad. Las causas que hicieron perder el imperio de Occidente á los descendientes débiles y despreciados del gran príncipe que le habia sacado de sus ruinas, fueron la incapacidad de aquellos que sucediéndole en sus derechos, no heredaron los talentos necesarios para conservarlos; el poder de los papas que siempre fué creciendo, y llegó bien presto á la independenciam por la debilidad de los príncipes que no supieron contenerlos en el estado de su primera sujecion, y finalmente la rebellion de los pueblos y de los grandes de Germania, que se aprovecharon de las guerras civiles, de que la Francia era víctima, y de la anarquía ocasionada del gobierno feudal para elegirse monarcas de otra familia. La asamblea general de los estados que componian el cuerpo germánico, eligió á Conrado, duque de Franconia, por muerte de Luis II., en perjuicio de Carlos el Simple, á quien el orden de la sucesion llamaba al imperio.

Acabemos de delinear el quadro político del Occidente, recorriendo los demas estados de la Europa, de que aun no hemos hablado.

Despues que Bernardo, hijo de Pepino y nieto de Carlo Magno, fué electo rey de Italia por su abuelo, por muerte de su padre, esta parte del Occidente mudó muchas veces de dueño, siendo siempre agitada de guerras que hicieron la suerte de los pueblos tan lastimosa, como baxo la dominacion de los lombardos. Si hubo entre estos nuevos soberanos algunos dotados de estimables calidades, y ocupados del bien público, fueron por la mayor parte, ó ambiciosos, que lo sacrificaban todo á sus intereses, ó espíritus débiles que dexaban usurpar sus derechos, ó invadir sus dominios por vasallos inquietos que no supieron reprimir, ó tiranos que atormentaban sus súbditos con vexaciones, con impuestos, con empresas imprudentes y mal sostenidas, á efecto de saciar su avaricia, sus caprichos ó sus personales venganzas.

En medio de estas vicisitudes, fecundo origen de discordias y de calamidades, los pontífices romanos consolidaban poco á poco su reciente grandeza, y se avanzaban á paso lento hácia el grado de poder y de gloria, á que les veremos llegar finalmente. Muchos de los que en este siglo ocuparon la cátedra de san Pedro, fueron de un mérito raro, y dignos de gobernar á los hombres. Tales son, siguiendo el orden de los tiempos, Leon III., Pascual I., Gregorio IV. que reedificó el puerto, y fortificó la ciudad de Ostia para servir de escudo á Roma contra los sarracenos; Leon IV. que añadió un nuevo quartel á la ciudad, conocido aun en nuestros dias por el nombre de ciudad Leonina; y que despues de haber hecho restablecer sus murallas, supo con su vigilancia y su valor alejar de allí á los musulmanes; Nicolao I., que sin duda llevó sus pretensiones demasiado léjos, pero que en esto mismo anunciaba una alma elevada y conducida por los dictámenes de su superioridad: finalmente Adriano II., sucesor de Nicolao, que no le fué inferior por el fondo de su carácter. Estos pontífices atentos á seguir las miras que dictaba su política, y diestros en aprovecharse de las circunstancias para extender su poder, levantaron insensiblemente un edificio, cuya altura espanta bien presto á los atentos, y cuya solidez se sostiene aun despues de tantos vayvenes.

En los tiempos de que hablamos, su poder temporal se reducía á casi la administracion de los bienes inmensos que sacaban de los dominios que Pepino, Carlo Magno y Ludovico Pio habian agregado á las antiguas propiedades de la santa Sede. Sometida á los emperadores de Occidente y á los reyes de Italia, siempre que estos príncipes supieron hacerse obedecer, ellos eran los primeros ciudadanos, y aun si se quiere los protectores de Roma; pero estaban todavía distantes de mandar como soberanos. El gobierno interior de la ciudad era como municipal. Los nobles tenian en él el mayor influxo, elegian dos cónsules, un prefecto, doce senadores; y estos magistrados, según su clase, arreglaban todos los negocios, componian los tribunales y nombraban los oficiales empleados en el manejo de la administracion. Los papas influian en este gobierno con respecto á su nacimiento, á sus riquezas, y á la veneracion que se les tributaba por su sagrado carácter. El crédito de que gozaban era con proporcion á sus talentos, y á la confianza que se habian ganado. Sus elecciones eran frecuentemente ocasion de parcialidades, de disturbios, y aun algunas veces de sediciones. Despues de estar electos necesitaban mucho de la política y de la prudencia para congraciarse con los grandes, el senado, el pueblo, los emperadores y los reyes de Italia. En esto manifestaban su sagacidad, su sabiduría, y si habian recibido de la naturaleza el talento de dirigir á los hombres, y de manejar los negocios.

Los sarracenos de España, llamados moros, por haber venido de la Mauritania, provincia de Africa, habian formado una monarquía independiente del califa de Bagdad. Abderramen, hijo de Moavias, último príncipe de la casa de los Omniades, habiéndose escapado de la matanza de su familia, fué acogido por los musulmanes de España, ya cansados de obedecer á los vireyes de un monarca demasiado distante, para dirigir el poder que daba á sus representantes, y castigar el tiránico abuso que de él hacian. Le revisieron, pues, de la dignidad soberana con el título de *Miramamolín*, que es lo mismo que señor supremo de los greyentes. Este príncipe fué el que habiendo pasado los Pirineos con un numeroso ejército, hizo incursiones en las provincias Meridionales de la Francia en el siglo octavo, y el mismo, cuyas conquistas suspendió Carlos Martel.

Issem I., su hijo, tan gran capitán como él, pero mas asegurado en el trono, dió esplendor á su corte, y adornó con suntuosos edificios la ciudad de Córdoba que escogió para su capital. Los príncipes que le sucedieron hicieron tambien varias tentativas para dilatar sus dominios fuera de la España. Atacaron la Cerdeña y la Córcega, de donde fueron rechazados por las esquadras de Carlo Magno y Ludovico Pio. Sus armas mas venturosas en Sicilia y en la Calabria, conquistaron varias ciudades, y establecieron colonias de que no fueron arrojados hasta despues de largo tiempo, como diremos quando llegaremos á esta época. Se les vió no obstante infestar la Italia mal defendida por los señores que la habian dividido en pequeños estados, y llevar sus correrías hasta las puertas de Roma. Se ve claramente que conduciendo léjos sus armas, no debian descuidarse en hacer mas cerca de sí conquistas ménos dificultosas, extendiendo sus dominios en el continente de España. Pero tenian en los soberanos del pequeño reyno de Asturias ó de Oviedo unos vecinos atentos á todos sus movimientos, y que jamas perdian la ocasion de inquietarlos, dándoles muchas veces golpes terribles. Los quatro príncipes que en el noveno siglo réynaron en esta parte de la España, fueron para los árabes unos enemigos, cuyo valor y cuyas victorias les hicieron perder en diferentes batallas mas gente que les habia costado la conquista de quanto poseian desde el mar hasta los Pirineos. Estos príncipes valientes y activos son muy célebres en la historia, para que no pongamos aquí su nombre; estos fueron D. Alfonso II., llamado el Casto, D. Ramiro I., D. Ordoño I. y D. Alfonso III., por sobrenombre el Grande. Todos quatro experimentados en el arte de la guerra, y uniendo la serenidad de ánimo de un gran capitán á la intrepidez de un soldado, sirvieron de barrera á la Europa contra las armas de los moros, y de freno á las empresas de aquellos conquistadores que á pesar de sus divisiones intestinas, hacian continuos esfuerzos para extender los límites de su imperio.

La hetarquía de Inglaterra habia experimentado mudanza en el siglo octavo por la extincion de los dos reynos de Sussex y Estangles, lo que habia hecho quedar en cinco los siete principados que ántes la componian. Egberto, discípulo y amigo de Carlo Magno, habiendo sido llamado al trono de Wessex por su cuna y por los votos

de la nacion en 801, formó el proyecto de reunir en un solo cuerpo los demas reynos de su confederacion. Supo aprovecharse tambien de las circunstancias, haciendo uso tan á propósito de las lecciones que habia recibido de Carlo Magno, que en ménos de 10 años completó esta grande empresa, tanto con la política, como con la fuerza. La educacion que debia á las instrucciones y á los exemplos del mayor príncipe, que á la sazón habia en el mundo, le habian hecho tan buen político como guerrero. La hetarquía que acabó en 827 habia durado mas de 240 años. Los príncipes sucesores de Egberto, despues de la reunion de los siete reynos baxo un mismo gobierno y soberano, se aplicaron á perfeccionar su obra. Solo en medio de turbaciones y vicisitudes, á fuerza de fatigas y de combates, llegó á consolidarse la nueva constitucion. Las incursiones de los daneses que desembarcaban en las costas quando ménos se esperaba, y que se derramaban en tropas numerosas por lo interior, adonde llevaban el estrago y la destruccion, eran un perpetuo origen de males, y un pretexto de rebeliones. Fué menester todo el valor, y toda la prudencia de Alfredo el Grande para restablecer la tranquilidad en el reyno de Inglaterra. Venció y expelió á los daneses, calmó las facciones, é hizo amable al pueblo con sus beneficios la autoridad soberana, y con su firmeza temible á los mal intencionados, puso todo su conato en hacer que floreciesen la religion, la justicia y las ciencias. A él solo debe la Inglaterra haber empezado á tener una forma regular de gobierno; y que se le conociese en Europa como potencia.

En el Norte se formaban nuevos estados. La Suecia y la Dinamarca tenian sus reyes: la Hungría, la Bohemia y la Polonia sus duques; la Rusia tenia tambien los suyos. Pero estas nuevas monarquías se formaron lentamente, y los primeros tiempos de su historia estan llenos de obscuridad. La naturaleza de esta obra no nos permite penetrar estas tinieblas, en que se halla envuelto su origen, á pesar de las fatigas de los sabios que se han esforzado á darnos luces sobre esta materia. Debemos esperar que estas naciones tengan una existencia mas cierta, y una consideracion mas notable para extendernos sobre ellas.